

en pintar su vida como un torbellino de vicios, y su conciencia como un cadáver devorado por la corrupción. Formaba una especie de asociación monástica con sus amigos, y bebían en un cráneo montado y cincelado en plata, lo cual ocasionó la infundada creencia vulgar de que bebían en el cráneo de una fantástica querida que imaginaban violentamente muerta. Tiraba á la pistola, cabalgaba como el primero, corría tres millas del Támesis nadando. Cierta día se vió su perro favorito atacado de rabia. Cuidólo con espantoso peligro de ser mordido, como si fuera su hermano; y, cuando murió, consagróle un epitafio, como si hubiera muerto parte de su corazón. A los diez y ocho años se hallaba arruinado, y las futuras rentas de sus domidios en manos de usureros. A los diez y ocho años había tenido tres duelos; uno porque le llamaron ateo. A los diez y ocho años había tenido un hijo natural; recogiendo al par esta primera prenda de su corazón y el último suspiro de su querida. A los diez y ocho años había ya compuesto un volumen de versos. Y como tomara posesión de sus tierras patrimoniales, había citado á sus amigos á orgías donde se presentaba un buey como en los banquetes homéricos, se vertía el vino como en los banquetes asiáticos, se luchaba á los puños y á la espada como en los banquetes romanos, y se concluía por escenas de desorden y de prostitución. Entre los comensales de estas orgías se encontraban hombres que luego habían de hacer una revolución política, como la que hizo Rusell con la reforma electoral; y una de esas revoluciones sociales que se elevan á la altura de las mayores obras humanas, como la que hizo Peel abriendo los graneros del mundo por la ley de cereales al pueblo inglés, obligado hasta entonces á cometer el mendrugo caído de las mesas de la aristocracia. A pesar de que haya intentado la gazmoñería protestante retratar á Byron como un monstruo, capaz de todos los vicios y de todos los crímenes, sólo esta época de su vida fué verdaderamente viciosa; y aun examinándola con detenimiento, se descubre antes el vértigo que el propósito deliberado de obrar mal, y antes el aturdimiento que la perversidad.

El culto del arte hubiera podido reemplazar con ventaja la educación descuidada y el amor desgraciado. Una idea absorbe en tales términos la vida, que no deja espacio al corazón para pervertirse, ni tiempo material á la voluntad para ocuparse en el alma. El placer infinito del trabajo, de la elaboración lenta de una obra de las continuas contemplaciones de esos tipos que vagan en la mente, quita en verdad todo gusto por las bajas voluptuosidades de la materia. No hay ningún goce físico que se parezca al goce espiritual de las grandes creaciones artísticas ó de los grandes pensamientos científicos. Las artes dieron á Miguel Angel, las matemáticas á Newton, la filosofía á Kant, una castidad tan pura que llegó á ser como una mística, sí, como una cenobítica virginidad. Sus amores fueron lo ideal, sus amadas las ideas, sus hijos la estatua de la Noche, la crítica de la Razón, el cálculo de lo Infinito. Byron pertenecía más á la humanidad que estos genios, especie de solitarios del pensamiento, especie de estatuas iluminadas por una idea inmortal;

tal; Byron había nacido para amar y ser amado. Pero indudablemente, la inspiración, la presencia del ideal, todas las grandezas que llenaban su alma, eran propias para no dejarle caer en esos amores anónimos, brutales, que pintan dos cuerpos manchados en los goces impuros de un momento, el cual pasa como el vértigo de la embriaguez, para dejar un recuerdo de vergüenza en la mente y un desencanto eterno de toda la vida en el pecho. Pero hasta en el culto por el arte fué desgraciado. Buscó prematuramente la gloria, y encontró la más acerba censura. Se necesita haber nacido con la vocación de escritor para comprender la impaciencia con que en la primera edad se desea ver impresas las propias obras. Y después de impresas, la inquietud con que se recoge todo juicio; con que se pesan todos los votos. El amor propio abulta el mérito propio de una manera monstruosa. Pero esta inquietud por el juicio ajeno es una prueba de desconfianza, una prueba de que la conciencia se sobrepone en el hombre á toda pasión, aun al amor de sí mismo. Infinitas veces el aplauso concedido fácilmente á las medianías se niega al mérito extraordinario. Toda grande naturaleza tiene algo de incomprendible. Toda grande cualidad tiene algo de sublime. Y lo sublime nos fatiga con un peso incalculable, sobre todo, cuando no podemos comprender su grandeza. Cuántas gentes he visto que, después de haber contemplado por largo espacio de tiempo la bóveda de la Capilla Sixtina, portentó de Miguel Angel, legión de titanes, de profetas y de sibilas, que han tocado á los límites últimos concedidos á la expresión de las ideas, que han subido hasta las más altas cimas del arte, no han sacado de esta contemplación otra cosa que un gran dolor en la nuca. Y nada más fácil que maldecir de aquello que no se comprende. Además, hay escuelas literarias, como hay escuelas políticas, que reniegan de todo cuanto no se ajusta á su estética ó su constitución. El asesinato y la calumnia les parecen armas buenas contra sus enemigos. Sobre todo, aquellos que por espacio de mucho tiempo han monopolizado la fama, no pueden sufrir ninguna competencia, no pueden perdonar al joven que viene á sucederles. Han formado un símbolo de la fe crítica, han reunido una Iglesia del gusto; excomulgan á los herejes, y ya que no pueden quemarlos todo el cuerpo, les quemán la sangre. Byron se presentó con su primer volumen de poesías delante de estos sanhedrines de la crítica, delante de la célebre *Revista de Edimburgo*. Esta acreditada publicación echó plomo derretido sobre la cuna del poeta. Jamás fué la crítica tan dura, tan implacable. El joven autor no llegó ni á la medianía. Sus ideas ni subían ni bajaban de un mismo nivel á la manera de un agua estancada. Llamábase menor de edad en son de excusa, y esta minoridad se ve desde el principio hasta el fin de la obra como inespachable compañera de su estilo. Habíale sucedido como á todo el mundo: escribir una larga serie de versos detestables entre su salida del colegio y su salida de la Universidad. Recordábanle que para ser poeta se necesita por lo menos un poco de sentimiento y otro poco de imaginación. Las imitaciones de Ossian y Homero no pasaban de ensayos buenos para una clase de retórica, pero indignos

de la publicidad. En medio del artículo, se deslizaba su pensamiento capital; que el noble lord no naciera para poeta y debía, por ende, abandonar á mejores ingenios tan peregrino arte.

Lord Byron sintió el golpe en la nerviosa sensibilidad propia de los poetas. El filo de aquella crítica le heló el corazón. Sus labios brotaron hiel y sangre. En su dolor, revolvióse airado contra su patria y contra todos los contemporáneos decorados por nombres más ó menos famosos. Todas las cualidades satánicas de que él mismo se creía dotado con bien poco amor propio, resultan del fondo obscuro de esta sátira; el cinismo, la ironía, el sarcasmo, la rabia, el rudo rencor y la satisfacción de la venganza. El cojo inmortal entra, como un Vulcano, con el martillo enrojecido en el Olimpo de Inglaterra; y no perdona ninguna de las estatuas de sus dioses. Diceles á los unos que son comerciantes avaros y no poetas inspirados; á los otros, que habiendo tomado por héroe de una obra un idiota, después de haberla leído no se sabe quién es el idiota, si el protagonista ó el autor de la obra; á éstos, que han peleado en formidable duelo con pistolas cargadas de pólvora; á aquellos, que han vestido á Camoens de encajes de Inglaterra; á un noble lord, que sus comidas valen más que sus traducciones; á un célebre historiador, que escribe porque come, y come porque escribe; á los lores, que acuden á reuniones donde, entre coros de eunucos extipendiados, se entregan sus hijas al lascivo baile y ellos al ruinoso juego, prometiéndose todos en estas babeles de vicios, alcanzar el dinero y la mujer de su prógimo. Imagínase cual efecto produciría esta sátira, en una sociedad donde tan escrupulosamente se observaba el respeto al pudor y donde tan castos son los labios y tan puro el lenguaje. Una nube de injurias rodeó al poeta. No contribuyó en poco esta malhadada sátira al odio implacable con que le persiguieron sus contemporáneos. Lord Byron comenzó por publicarla anónima y concluyó por ponerla su nombre. Anunció que aguardaba en Londres cuantas satisfacciones quisiera exigirle. Y como todos se limitaran á murmurar sin retarle, exclamó tristemente: «Han pasado los tiempos de la caballería.» Entre los más duramente tratados, hallábase su pariente Carlisle, que había sido su tutor. El noble joven jamás se arrepintió de este proceder. Al contrario, en una de las ediciones de sus obras se defendía con su inexperiencia de haberle dedicado un libro, y aseguraba que toda la sangre de los Howards no era bastante á hacer un caballero de un villano, un sabio de un tonto. La causa de esta inmortal venganza merece ser conocida, porque se relaciona estrechamente con uno de los aspectos bajo los cuales miramos á Byron, con su aspecto de orador, y con su entrada en la Cámara de los lores de Inglaterra. Lord Byron le había pedido su protección y su patrocinio para ser presentado á la Asamblea. Nada más natural que el deseo de sentarse en aquella grande oligarquía, que por su parecido, especialmente entonces, con el senado romano, y por su influencia en el mundo, había de acalorar y encender la imaginación del poeta. El alma de lord Byron había, con esa nos-

talgia del cielo, natural en todos los genios extraordinarios, sed intensísima de la gloria; y la mayor, la más embriagadora de las glorias humanas indudablemente es la gloria del orador, que sin verter una gota de sangre, sin manchar sus laureles con los funestos trofeos del guerrero, conquista desde la tribuna las almas de sus oyentes y las confunde todas en su alma. No hay espectáculo semejante al del orador, quien debe ser á un tiempo filósofo, poeta, artista, músico, táctico; sacar del fondo de su alma los tesoros del pensamiento, encerrarlos en formas perfectas, con esa fuerza creadora que, como la palabra de Dios, hace brotar mundos; y por un milagro de su inteligencia y de su voluntad, tender entre tempestades infinitas de aplausos cadenas invisibles, á las cuales se prenden los corazones como esclavos de aquella magia, cuyo poder sobrenatural es uno de los misterios más profundos del espíritu. El alma inquieta y activa de lord Byron se imaginaba ya en las visiones de su fantasía triunfando de todos sus enemigos por la magia de la palabra y sirviendo al género humano por la santidad de las ideas.

Sí: aquel hombre, á quien presentaban sus enemigos como indiferente á todos los dolores humanos, como dudando de todas las creencias, despreciador de sus semejantes y enemigo de Dios; dado sólo al culto de su vanidad y al desenfreno de sus vicios; tenía en el fondo de su grande alma un altar reservado para la religión de los oprimidos, y la fe siempre viva en el progreso de la humanidad, que es al cabo el cumplimiento de las leyes divinas de la justicia sobre la faz del planeta. No había sólo un sentimiento de egoísta amor propio en la justa impaciencia de Byron por alcanzar los derechos que en la herencia le tocaban: había el nobilísimo amor de la humanidad, como lo demostró más tarde empleando su poderosa palabra en favor de los católicos de Irlanda, y exparciendo así las semillas de las instituciones que debían brotar en nuestro tiempo, profeta como todas las grandes inteligencias; de un nuevo mundo social. Pero á estos nobilísimos deseos respondió lord Carlisle con criminal indiferencia. Mal hemos dicho, respondió con vivísima intención de contrariar las nobles ambiciones de su sobrino. Extravió los documentos legales para que se retardara su recepción oficial. Acogió con desdén la dedicatoria de unas poesías que, obras de un niño, debían ilustrar, inmortalizar su nombre, cuando sus obras propias, sus obras de viejo, ya estuvieran olvidadas. Y se negó, por fin, á presentar en la asamblea aquel grande genio que llevaba escondido en su frente un cielo de poesía. Lord Byron entró acompañado por un lejano pariente, á quien apenas conocía. La alta cámara se consagraba á sus negocios ordinarios con esa regularidad matemática propia de la vida inglesa. Nadie en aquella aristocrática asamblea sospechaba que el noble lord, venido á ocupar una de sus sillas curules, hubiera de ser en lo porvenir el intérprete del pensamiento de su siglo, el cantor de sus dolores y de sus dudas. Quizá Byron, del fondo de la degradación en que había caído, y á pesar del desencanto que las críticas brutales habían engendrado en su alma, previa con la conciencia de su propio mérito, y con la pre-

visión natural del genio, la corona de laureles oculta bajo su corona de espinas, y la transfiguración reservada por el porvenir á su genio. Indudablemente una atmósfera misteriosa debía rodear al joven, y una aureola centelleante resplandecer sobre sus sienes. Era ya entonces uno de esos hombres símbolos, elejidos entre muchos para personificar y representar un siglo. Como nuestro tiempo, debía arrastrar su cuerpo á manera de un reptil, por el suelo, y su alma á manera de una constelación luminosa, por lo infinito; buscar los goces sensuales, y tener sólo un goce completo en la contemplación de las ideas; reirse de las creencias, y morir por la fe; aparentar brutal epicureismo, y merecer ser contado entre los héroes por su vida y entre los mártires por su muerte. Aquella su figura; la bóveda de su cabeza griega; los dilatados espacios de su frente; las arqueadas cejas; la profundidad de aquellos ojos, que ya tomaban el color sereno del cielo, ya la obscuridad del abismo, como un océano de alterados pensamientos; la línea bellísima de sus labios cincelados como para vibrar eternos cánticos; su nariz aguileña; su barba partida con una gracia incomparable; el gesto olímpico, la actitud majestuosa, la grandeza templada por su bondad, el genio centelleando de cada una de sus facciones; aquel color pálido y mate, parecido al color de mármol antiguo dorado por el sol y por los siglos; todo su ser, toda su figura debían revelar que Dios no cinceló tan perfecto vaso para que estuviera vacío, sino para llenarlo de inmortales esencias.

Su entrada en la Cámara fué fría y formularia. La sesión era vulgar, los lores pocos, el Canciller recibió el juramento, y declaró la admisión como se recitan siempre todas las fórmulas. Yo no he visto el antiguo palacio del Parlamento, pero he visto el nuevo; y puedo asegurar que ha dejado en mi alma una emoción eterna, como la Catedral de Toledo, como el coliseo de Roma, como el Cementerio de Pisa. A pesar de la escasa originalidad de la arquitectura, y del exceso de los adornos; las altas paredes góticas, las formidables torres, la grandeza de las proporciones, el color sombrío aumentado por las bocanadas del humo de las fábricas y las emanaciones nebulosas del Támesis, las áureas aristas en las altas cúpulas semejantes á sombríos cipreses, iluminados por los rayos de un sol misterioso, dejan en el alma una indefinible imagen de grandeza, como expresión sublime de la soberanía de un pueblo, engrandecida por la sanción de los siglos. Las pinturas y las esculturas se distinguen sólo por sus imperfecciones. Pero los altos arcos y las largas líneas dan ciertamente al espíritu una idea de todas las grandezas. Y lo más admirable, no es lo que estais viendo, sino lo que estais pensando bajo aquella bóveda; la fuerza de las instituciones, la grandeza de las libertades, el progreso que nunca se interrumpe, el prestigio de una raza que ha sabido salvar sus derechos de la universal servidumbre en que todas cayeron por el siglo décimo sexto, cuando se fundó el desolador absolutismo. Yo en este inmenso palacio pensaba el daño inmenso que hicieron á su patria cuantos alejaron á Byron de aquellos escaños con su odio irreflexivo. Acaso las altas ideas socia-

les y las progresivas reformas políticas le hubieran separado del abismo, dando alimento á su deseo infinito de amor. Acaso la pasión de la libertad hubiera dominado más positivamente su alma que la pasión de lo ideal. Acaso á las glorias de la poesía hubiera reunido las glorias de la elocuencia. La libertad no es la Bacante que imaginan los reaccionarios del mundo, sino la fiel esposa de austera virtud y de casta fecundidad. Podemos padecer, pelear, morir por ella, seguros de que los siglos por venir recogerán el fruto de todos estos sacrificios. Pero los odios conjurados contra Byron le forzaron, no solamente á dejar la Cámara, sino la patria. En su desesperación, miles de maldiciones brotaron de su alma. Inglaterra lo arrojaba de sí, desconociendo había de ser una de las primeras estrellas de su cielo. Aquella separación de Byron no fué un viaje, fué un destierro. Él mismo nos dice que salía de Inglaterra triste como Adán del Paraíso. Cuando vuestra patria os cree incompatible con su reposo, con sus instituciones ó con sus creencias, no hay más remedio que abandonarla, aunque abandonéis con ella la mitad de vuestra vida. Por todas partes hay aire, pero no es aquel aire que ha recogido los suspiros del primer amor. Todas las naciones tienen hogares que ofreceros, pero ninguno es el hogar donde habéis recibido la bendición de vuestra madre. El cielo es grande y se extiende por todo el planeta, pero no es el cielo bajo el cual soñasteis con vuestras esperanzas muertas en flor, y fuisteis feliz con las rientes ilusiones. Toda la tierra puede ocultar vuestro cadáver, pero ¡ay! vuestros huesos estarán más solitarios en la tierra impía que no tenga también los huesos de vuestros padres. Morir en tierra extranjera es el mayor de los castigos. No en vano hemos nacido en un país. Tenemos de su suelo un jugo semejante al que recoge de la tierra la raíz del árbol; tenemos de su cielo un beso en la frente. Nuestro corazón está amasado de aquella arcilla. Nuestras ideas se confunden casi con la palabra que la patria ha puesto en nuestros labios. El destierro concluye por convertirse en una enfermedad moral de corazón. Deseáis, anheláis marchar entre gentes con las cuales tenéis esa comunidad de origen, de sangre, de lenguaje, de vida, que constituye el sér de vuestra patria, dilatación de vuestro propio sér. Y después de haber visto las mayores naciones del mundo, las ciudades más célebres, los monumentos más sublimes; después de haber tratado á los hombres más ilustres; después de haber asistido á una gran sesión en las Cámaras de París y Londres, á una misa en San Pedro de Roma, á una salida del sol en la bahía de Nápoles, á una serenata en el gran canal de Venecia, á una excursión por la cima de los Alpes, entre los hielos eternos, al ruido de las cataratas que mugen cayendo en el valle y de los aludes que levantan remolinos de nieve á las alturas, volvéis los ojos allá al lejano país donde tuvisteis la cuna, y resumís todas vuestras ambiciones en ser el último de sus ciudadanos, el más oscuro de sus hijos, por tener hoy entre vuestra familia y vuestros amigos un hogar y mañana en la tierra de vuestros padres una olvidada sepultura.

El amor, sólo el amor podía haber creado para Byron un nuevo mundo de felicidad y